

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

Si Scires Donum Dei...

"Su fin principalísimo es recordar a los fieles la pasión y muerte de Jesucristo e impulsarles a la meditación del ardiente amor por el cual instituyó la Eucaristía, para que purifiquen y expíen sus pecados y los de todos los hombres".

— Pío XI al hablar del significado de la Hora Santa
(21-III-1933)



El poder redentor de la Sangre de Cristo...

Hace dos mil años, tres cruces fueron erigidas en el Gólgota, de una de ellas colgaba Jesucristo crucificado, el Salvador del mundo. A ambos lados se hallaban dos malhechores también crucificados con Él. Uno de ellos, en los últimos momentos de su vida pecadora, se arrepintió, pidió perdón y Jesús lo llevó con Él al paraíso. El otro, blasfemando hasta el final, rechazó salvarse con Cristo.

La cruz de Cristo ya no está allí, pero el valor y la belleza de la obra perfecta de la redención permanecen intactas. La salvación en Cristo está a la mano de aquellos que, como el buen ladrón, quieran ser redimidos por el Señor. Nuestra actitud frente a Cristo en la cruz definirá nuestro destino eterno. La fe en Jesús y Su sangre derramada, nos dan la felicidad eterna.

Lo que sigue es un informe realizado por un sacerdote estadounidense, hijo de inmigrantes alemanes, el Padre H.F. Gerecke, quien fue destinado a la atención pastoral de los criminales de guerra alemanes y demuestra que la gracia de Dios supera toda imaginación humana.

"En agosto de 1943, ingresé al servicio activo en el ejército. Luego de aprobar un curso de instrucción obligatoria, fui enviado a un gran hospital. A partir de 1944, durante catorce meses atendí a los enfermos y heridos. En 1945 cruzamos el Canal de Francia y llegamos a Alemania el 15 de julio. Unos meses más tarde fui nombrado capellán de los criminales de guerra nazis durante su juicio en Nuremberg.

"Antes de encontrarme con estos líderes nazis en sus celdas, me pregunté: ¿Cómo debo saludar a estos hombres que trajeron sufrimientos indecibles al mundo y que causaron el sacrificio de tantos millones de vidas? ¿Cómo he de comportarme ante ellos para que abran sus corazones al perdón de Dios?

"Primeramente fui a la celda de Goering. El ex mariscal de la fuerza aérea asumió una actitud militar, juntó sus talones y me tendió la mano. Después les hice a todos una breve visita.

Esto fue el 20 de noviembre, justo antes de que comenzara el juicio. Pasé la noche en oración, pidiendo a Dios que me diera un mensaje para ellos. A partir de ese momento, Dios me dio la gracia de odiar el pecado y amar al pecador, a semejanza de Jesús. Estos hombres debían escuchar que el Salvador padeció y murió en la cruz por ellos también.

"Eran 21 detenidos; seis de ellos eran católicos, los quince restantes eran protestantes, siete de ellos de la Iglesia Luterana. Una celda doble de la prisión se convirtió en una pequeña capilla para celebrar una breve Misa y los servicios protestantes. Había igualmente un pastor protestante que auxiliaba a sus hermanos. Un teniente primero, coronel de la SS, fue nuestro organista tanto para la comunidad católica como la protestante. Hacia el final de mi servicio en Nuremberg, este organista se convirtió a Cristo, se confesó y participó de la Comunión. El sencillo mensaje de la Cruz había cambiado su corazón.

"El primero en abrir su corazón a Dios fue Sauckel; era padre de diez hijos y su esposa era cristiana. Después de unas cuantas visitas a su celda, reconoció sus pecados, se arrodilló junto a su cama y clamó con la oración del publicano: 'Apídate de mí, Señor, que soy pecador'. Sé que él fue totalmente sincero en su conversión.

"Después tres más manifestaron su deseo de recibir a Jesús en su corazón: Fritsche, Von Sirach y Speer. Cuando vi a estos hombres recibir la Comunión, se apoderó de mí una gran emoción — Dios había actuado poderosamente en ellos a través de Su Palabra y el Espíritu Santo. Como pecadores arrepentidos, aceptaron el perdón divino por medio de Cristo. Raeder, el Jefe de la Armada Alemana, protestante, leía celosamente la Biblia. A menudo se me acercó con pasajes difíciles que quería entender mejor. Keitel, Jefe del Estado Mayor del ejército alemán, me pidió un día que transmitiera su agradecimiento a quienes habían hecho posible el bienestar espiritual del grupo, a pesar de ser criminales de guerra. Con lágrimas en los ojos me dijo: "Me han ayudado más de lo que podrán imaginar jamás. Ahora Cristo me sostiene".

"Finalmente promulgaron las sentencias: Goering, von Ribbentrop, Keitel, Kaltenbrunner, Rosenberg, Frank, Frick,

Streicher, Sauckel, Jodl y Seyss-Inquar fueron condenados a morir en la horca; Hess, Funk y Raeder a cadena perpetua; von Sirach y Speer a veinte años; von Neurath a quince y Donitz a diez años. Schacht, Von Papen y Fritsche fueron absueltos.

"La mayor parte del tiempo previo a la ejecución la pasé en las celdas de los condenados a muerte. Por un favor especial de los juzgadores, se les permitió volver a ver a sus esposas por última vez. Fue un encuentro muy doloroso. Escuché a Von Ribbentrop demandar a su esposa la promesa de educar a sus hijos en el temor del Señor. Sauckel también arrancó de labios de su mujer la promesa de educar a su numerosa familia al amparo de la Cruz de Jesús. Goering, por su parte, preguntó cuál había sido la reacción de su pequeña hija Edda cuando supo de la sentencia. Tuvo que escuchar que la niña esperaba encontrarse algún día con su papá en el cielo. Esto lo afectó y fue la primera vez que lo vi llorar. Era el único que no se había acercado a Nuestro Señor.

"Día y noche acompañé a los que habían decidido entregar sus almas a Dios. A algunos los visitaba hasta cinco veces al día. Casi todos leían la Biblia la mayor parte del tiempo. A uno de ellos, Keitel, lo conmovía enormemente leer sobre el poder redentor de la Sangre de Cristo. Sauckel estaba devastado y dijo en repetidas ocasiones que no resistiría hasta el día de la ejecución — aunque al final resistió. Continuamente rezaba en voz alta: '¡Dios mío, apiádate de mí que soy pecador!' Los que comulgaban, recibieron en sus celdas la Comunión por última vez. Dios había cambiado sus corazones y ahora, ante la inminencia de su muerte y habiéndolo perdido todo, hasta la posibilidad de rehacer su vida con Cristo, confiaron en la promesa de misericordia de Dios aun para los pecadores más despreciables.

"La noche anterior a la ejecución de los condenados a muerte, tuve una larga entrevista con Goering. Le insistí en la necesidad de prepararse para su encuentro con Dios. En el curso de nuestra conversación, él ridiculizó ciertas verdades de la fe, la Sagrada Escritura y se negó a aceptar que Cristo murió por los pecadores. Fue una decisión consciente, negar el poder redentor de la Sangre de Nuestro Señor. 'La muerte es la muerte', fue la substancia de sus últimas palabras. Cuando le recordé la esperanza de su pequeña hija, de encontrarse con él en el cielo, me dijo: 'Ella cree a su manera y yo a la mía'.

"Una hora después de haber salido de su celda, oí voces agitadas y un gran movimiento. Luego me enteré que Goering se había quitado la vida. Su corazón seguía latiendo cuando entré a su celda, pero aunque le hablé no hubo respuesta. Un pequeño tubo de vidrio vacío estaba sobre su pecho, contenía el veneno mortal — ¡un final horrible!

"A la hora de la ejecución de la sentencia, Von Ribbentrop fue el primero en ser llevado a la horca. Antes de abandonar su celda declaró que había puesto su confianza en la Sangre del Cordero, que quita el pecado del mundo y rezó para que Dios se apiadara de su alma. En la cámara de ejecución, con

Publicado por el Florida Center for Peace. Ayuda a extender la devoción a Nuestro Señor Eucarístico. Difunde este boletín.



Jesús concédenos contemplarte a través de esa Hostia Santa con el tiernísimo afecto con que Te miraba Tu Madre: con aquella devoción con que Te seguían tus discípulos, y muy singularmente el Discípulo Amado, cuando la noche de la Última Cena reclinó su cabeza sobre tu ardiente Corazón.

Concédenos, oh Jesús, no dormirnos, como se durmieron Tus apóstoles la noche tristísima de tu agonía en el Huerto de los Olivos.

Concédenos recordar siempre que Tú derramaste Tu Sangre por los pecadores, que son los enfermos los que necesitan del Médico, que Tú quieres que intercedamos por los que a los ojos del mundo parecen perdidos sin remedio...

¡Señor! Vuelve hacia nosotros tus ojos misericordiosos; pon en nuestros pensamientos una ráfaga de la luz de tu Rostro, y en nuestros corazones una centellita siquiera del fuego que abrasa tu dulcísimo Corazón.

Concédenos, oh Jesús, sentir hondamente la verdad de que nos transmitió Tu apóstol: "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad".

las manos estaban atadas; subió lentamente los 13 escalones que lo separaban de la horca. Hice una última oración por él. También Keitel pasó a la eternidad confiando en la gracia del perdón de Dios. Luego Sauckel fue a su muerte y con un último pensamiento para su esposa e hijos y una breve plegaria, entregó su alma al Señor. Antes de morir Frick, me aseguró que estaba convencido del poder redentor de la Sangre de Cristo y me agradeció haberle mostrado la verdad del Evangelio a través del cual, conoció personalmente a Jesús.

"El último en morir fue Rosenberg que, al igual que Goering, nunca quiso saber nada de Dios. A mi pregunta de si podía orar por él antes de ser ejecutado, respondió con una sonrisa: 'No gracias'. Vivió y murió sin un Salvador. Se fue de este mundo con el grito de 'Heil Hitler'. ¡Otro final terrible!

"Pero el arrepentimiento sincero que Dios obró en la vida de aquellos que, de acuerdo a la estimación humana, solo eran dignos del peor de los castigos, nos llena esperanza, especialmente por aquellos que han corrompido su vida por el pecado, porque la Sangre Preciosa de Cristo nos limpia de todo pecado".

Traducido de un texto alemán de 1949.